

LA PROPAGANDA INTERNACIONAL DE LA JUNTA MILITAR DE CHILE EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA FRÍA GLOBAL

Alessandro Guida
Università degli Studi di Napoli «L'Orientale»
<https://orcid.org/0000-0002-8102-4754>

Cuando se piensa en dictaduras como la que surgió en Chile tras el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, lo primero que nos viene a la mente es, en la mayoría de los casos, y comprensiblemente, la violencia. La asociación con los asesinatos, desapariciones, campos de detención y torturas cometidos por militares sin escrúpulos resulta prácticamente inmediata. Hay mucha verdad en esta forma de interpretar la cuestión, pero probablemente no es toda la verdad.

El uso sistemático de la violencia representó sin duda un elemento que distinguió al régimen chileno. La institucionalización de un estado de terror, mediante el uso metódico de los más diversos métodos represivos, representó un rasgo distintivo de la dictadura chilena. Sin embargo, como señaló el politólogo chileno Carlos Huneeus, para permanecer en el poder durante tanto tiempo, un régimen no podía basarse únicamente en el miedo, ni apelar únicamente a la crisis de la democracia y las circunstancias que habían provocado el golpe. En otras palabras, los militares necesitaban elementos *positivos* que les dieran una base sólida para el establecimiento de un régimen autoritario (Huneeus, 2016: 219). Verónica Valdivia, a su vez, intentó demostrar cómo la relación entre la dictadura y la sociedad en su conjunto fue algo mucho más complejo respecto a lo que ha ofrecido el aparato conceptual existente. En concreto, la historiadora chilena destacó cómo la naturaleza del régimen militar fue eminentemente ideológica, en la medida en que el golpe no fue solo un instrumento de pacificación política, de un regreso al contexto previo al surgimiento de la Unidad Popular. El golpe tuvo como objetivo la derrota definitiva del marxismo, que a su vez presuponia una tarea más amplia y compleja, que era la de la reeducación de los chilenos (Valdivia, 2010: 199).

La hipótesis de partida de este trabajo, por tanto, es que la dictadura chilena fue algo más complejo que un régimen de terror liderado por gorilas dedicados a prácticas de exterminio. Indudablemente fue esto, pero también mucho más que eso. La dictadura chilena actuó sobre la base de ideas fundamentales bien definidas y elaboradas, en torno a las cuales intelectuales o presuntos tales debatieron constantemente, y cuya presencia se puede encontrar en las formulaciones subyacentes a la (nueva) institucionalidad, y también en muchos otros campos, como aquellos de la educación a todos los niveles y el de la cultura en general. Con respecto al frente interno, la población tuvo que ser literalmente conquistada, mediante una propaganda, una guerra psicológica, una manipulación que fue implacable, permanente y que se llevó a cabo con todos los medios disponibles. Y en el frente externo, la campaña de propaganda realizada por la dictadura chilena fue probablemente una de las más grandes y onerosas del período de la Guerra Fría, después, por supuesto, de aquellas llevadas a cabo por las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. La propaganda y la guerra psicológica del régimen utilizaron todas las herramientas disponibles; fueron continuas y permanentes; se basaron en el trabajo de expertos en comunicación, publicistas, psicólogos, sociólogos y en análisis científicos.

La Junta Militar liderada por Augusto Pinochet asumió el poder con la premisa de que había que realizar una *guerra total*, no solo para neutralizar a la que pensaban era una amenaza guerrillera latente desde la izquierda, sino también para legitimar la justeza y necesidad del golpe y del mismo régimen autoritario entre la población. Pero, esto fue sobre todo producto de la principal *corriente* que orientó inicialmente a los líderes de la dictadura militar, es decir, la ideología de la seguridad nacional. La Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) que inspiró al régimen autoritario chileno postulaba, de hecho, una guerra contra el enemigo comunista que era política, ideológica, económica, psicosocial y, solo en última instancia, militar. Y esto porque la DSN asumía que la lucha contra el comunismo fuera una lucha por el control de la población (Arriagada Herrera, 1979: 177-180). En esta guerra total, a nivel interno, la población se convirtió en objeto de una

manipulación constante e implacable, como se dijo; pero la intensidad de la acción en el frente externo, que es el tema de este trabajo, no fue menos profunda.

Como señalaron agentes de inteligencia de EE. UU. apenas dos días después del 11 de septiembre, la reacción internacional al golpe había sido «vehement and widespread», con numerosos gobiernos que habían comenzado desde el principio a manifestar su desaprobación por el derrocamiento de un ejecutivo legítimo, mientras que grupos pertenecientes al campo de la izquierda estaban realizando protestas en varias capitales del mundo¹. Fue sobre todo la reacción de la opinión pública y de los medios de comunicación de muchos países occidentales que sorprendió particularmente a las altas esferas militares e incluso a varios civiles de la recién nacida dictadura chilena. Ellos rápidamente se convencieron del hecho que eran objeto de una maniobra de cerco de vastas proporciones y sin precedentes en la historia, que pretendía aislar a Chile política y económicamente. Este *ataque* tenía su epicentro en el comunismo internacional y quería transformar a Chile en un «caso único en el mundo», como afirmó el almirante José Toribio Merino durante una reunión de los miembros de la Junta militar de Gobierno².

Sin duda, las preocupaciones de los militares chilenos tenían un fundamento de verdad. Entre los distintos golpes de Estado que se produjeron en América Latina en los años sesenta y setenta del siglo XX, el de Chile fue el que recibió más atención internacional. No solo provocó la reacción condenatoria de numerosos gobiernos, partidos políticos y opinión pública, sino que también suscitó la respuesta de muchas organizaciones nacionales y transnacionales de denuncia y solidaridad con las víctimas de la represión en el país andino. Esta peculiaridad a nivel mundial del caso chileno se produjo por varios factores. En efecto, durante la década de 1960, Chile había comenzado a adquirir cierta importancia a nivel internacional, tanto por razones políticas como culturales. En un momento en el que desde el otro lado del océano se empezó a mirar a toda América Latina como una especie de «laboratorio experimental» de proyectos alternativos de cambio social (Guarnieri y Stabili, 2004: 228), con la llegada al poder de Allende en 1970 la política chilena había logrado un valor simbólico todavía más alto a nivel internacional, ya que este representaba una vía democrática, gradualista e institucional de tránsito al socialismo, que intentaba explícitamente romper con el modelo insurreccional y también con el autoritarismo de los socialismos reales. A diferencia de otros países latinoamericanos, además, Chile tenía una larga tradición democrática a sus espaldas, así como un sistema de partidos muy similar a aquel de varios países de Europa occidental, como Francia o Italia. Esto favoreció una cierta identificación y también el establecimiento de vínculos transnacionales con las mismas formaciones políticas europeas³.

Además, cabe destacar que el golpe chileno desde sus inicios estuvo seguido paso a paso por los medios internacionales. Las imágenes del bombardeo aéreo del palacio presidencial de la Moneda, de las detenciones llevadas a cabo en las calles de la capital, del Estadio Nacional transformado en campo de detención (en el que también estuvieron presos periodistas extranjeros), circularon rápidamente por el mundo, aumentando el impacto emocional suscitado por los eventos chilenos. Finalmente, no hay que olvidar que el contexto de movilización y solidaridad con Chile se vio reforzado por la inserción progresiva en él de las comunidades de exiliados chilenos que se fueron formando en el exterior, lo que ayudó a mantener el foco de atención durante años sobre los hechos que afectaban al país latinoamericano⁴.

No es sorprendente, por tanto, que pocos días después de la toma del poder el tema de la imagen internacional se convirtiera en una obsesión para el nuevo Gobierno chileno. Hasta el golpe de Estado, Chile tenía una imagen internacional positiva y contaba con excelentes relaciones con la mayoría de los gobiernos del mundo. Desde el momento en que los militares tomaron el poder e instauraron un régimen autoritario, el país fue objeto de numerosas acusaciones en foros internacionales y comenzó a estar sometido a diversas formas de presión (Muñoz, 1986: 171-172).

La relación entre la posición real de un país y la comunidad internacional se encuentra mediada por la *imagen* que el país proyecta en distintos ámbitos de dicha comunidad. La imagen de un Estado-nación es importante pues los decisores gubernamentales no solo responden o

¹ Central Intelligence Agency (CIA), *Central Intelligence Bulletin*, in «FOIA Collection», September 13, 1973, p. 1 [https://www.cia.gov/index.html]

² Actas de la Honorable Junta de Gobierno (AHJG), n. 5, 19 de septiembre de 1973, p. 1; documentos consultados en la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (BCN). [https://www.bcn.cl/historiapolitica/congreso_nacional/periodos_legislativos?periodo=1973-1990]

³ Sobre estos temas y, en particular, sobre los vínculos políticos y culturales entre Chile e Italia, además de la obra antes mencionada de Luigi Guarnieri y Maria Rosaria Stabili, véase Mulas (2005), Nocera (2015, 2017), Nocera y Rolle Cruz (2010), Santoni (2008), Guida (2015).

⁴ Existen numerosos trabajos sobre el exilio chileno tras del golpe de Estado de 1973. Véase: Calandra (2006), Camacho Padilla (2011, 2009), del Pozo Artigas (2006), Perry Fauré (2021), Rebolledo González (2006).

actúan acorde a las características objetivas de una situación, es decir, a lo que comúnmente se percibe como realidad, sino también acorde al significado que los individuos le atribuyen a esa situación. Por ello, la imagen internacional del Gobierno chileno –como la de cualquier otro Gobierno– es tan importante como su posición externa objetiva (Muñoz, 1986: 12-13).

El término *aislamiento*, de hecho, aplicado a la realidad internacional de un país, debe interpretarse no como la simple ausencia de contactos internacionales, sino más bien como la incapacidad de un Estado de establecer y/o mantener contactos externos positivos y dinámicos. El aislamiento político de un estado implica, por tanto, un deterioro del prestigio nacional, «elemento intangible del poder de particular transcendencia para los países que, como Chile, no cuentan con grandes recursos militares o económicos» (Muñoz, 1986: 12-13).

El temor al aislamiento, político y diplomático y, por consiguiente, económico, como consecuencia del deterioro de su imagen tras la reacción negativa ante el derrocamiento de Allende y las noticias relacionadas con las violaciones de los derechos humanos perpetradas por los militares, significó que, a partir de las horas inmediatamente posteriores al golpe, la *defensa de la imagen* se convirtiera en una de las principales preocupaciones de la Junta militar. Hay que añadir que los militares se esperaban el apoyo inmediato de las potencias occidentales al haber derrotado al marxismo y haber defendido la *civilización cristiano-occidental*. Ante la débil recepción de las razones esgrimidas por los militares en el plano internacional, la *guerra total*, ideológica también, postulada por la Doctrina de Seguridad Nacional, como se mencionó anteriormente, se proyectó más allá de las fronteras de Chile. Por ejemplo, según la prensa chilena oficialista, se estaba llevando a cabo una ofensiva de vastas proporciones contra Chile que intentaba transmitir la idea de que la destitución de Allende había abierto las puertas a un régimen fascista⁵. Si en América Latina este ataque se estaba produciendo principalmente bajo la dirección de Fidel Castro, en Europa, no solo estaban involucrados los comunistas, comenzando por los franceses e italianos, sino también fuerzas políticas y medios de comunicación democráticos⁶.

En síntesis, la dictadura militar chilena consideró que su legitimidad como régimen de Gobierno contrarrevolucionario, anticomunista y refundacional debía jugarse no solo dentro, sino que también fuera de Chile. Esto por dos razones. Por un lado, la masiva reacción negativa de gobiernos y movimientos políticos en otras latitudes generó un profundo aislamiento internacional de la dictadura que podía tener efectos concretos en la recuperación económica planteada y en la estabilidad interna del régimen. Por otro, la dictadura entendió su lucha política en términos globales, y en este sentido resultó necesario difundir su discurso de legitimación alrededor del mundo. Desde esa perspectiva, la conspiración global del comunismo estaba tratando de engañar (o estaba engañando directamente) a las democracias occidentales, por lo que se volvía necesaria una labor de pedagogía mundial a través de la propaganda para mostrar que en realidad Chile era la vanguardia de la lucha anticomunista, y que por lo tanto merecía el apoyo y la solidaridad de Occidente.

Todos estos factores, comenzando por el problema de la imagen, colocaron en el centro de la acción de la Junta militar, y desde los primeros días, el tema de la acción diplomática y el tipo de propaganda también a realizarse en el frente externo. Inmediatamente después del golpe, los líderes de la dictadura creyeron que utilizar organizaciones laborales, profesionales e incluso *simples* ciudadanos era la forma más sencilla y rápida para intensificar las relaciones públicas del nuevo Gobierno y contrarrestar el tipo de percepción de Chile que se estaba extendiendo por todo el mundo. Por ejemplo, en noviembre de 1973, una delegación de dirigentes gremiales se embarcó en una gira en distintos países de Europa occidental y América Latina bautizada como Operación Verdad, con el objetivo de reunirse con figuras clave del mundo de la política y la economía en el extranjero, para explicarles los motivos que habían llevado a las Fuerzas Armadas a derrocar al Gobierno de Allende⁷. Sin embargo, no fue la única iniciativa de este tipo. Líderes políticos (democratocristianos), profesionales, juristas y académicos también participaron en viajes similares en nombre de la Junta militar de Gobierno. El objetivo era dar a conocer la *realidad* de

⁵ Ver por ejemplo: «Ofensiva contra la situación chilena», *El Mercurio*, 17 de septiembre de 1973, p. 3; «La ofensiva diplomática», *Ercilla*, 27 de septiembre de 1973, p. 51.

⁶ *Ibidem*.

⁷ «Gremialistas Explicarán al Mundo Realidad de lo Sucedido en Chile», *El Mercurio*, 17 de septiembre de 1973, p. 13. El diario *El Mercurio* indicó como integrantes de la delegación: León Vilarín, presidente de la Confederación Única del Trabajo; Julio Bazán, presidente de la Confederación Única de Profesionales de Chile (Cuproch); Guillermo Alarcón, presidente de la Confederación de Empleados de Industria y Comercio; Hugo León, presidente de la Cámara de la Construcción; Jorge Fontaine, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, Orlando Sáenz, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril; Manuel Valdés, representante de la Sociedad Nacional de Agricultura; Luis Zanzi, presidente de la Confederación Única de la Pequeña Industria y el Artesanado; Milton Puga, representante de los sindicatos de mineros; Jorge Martínez e Ignacio Basterriera, miembros de la Cámara de Comercio de Chile; y el periodista Darío Paredes.

Chile, durante los tres años de Gobierno de la Unidad Popular y después del 11 de septiembre. ¿Qué tipo de realidad? Esta era la misma que los golpistas vendieron internamente: las fuerzas de la Unidad Popular habían devastado la economía, puesto en peligro la seguridad interna y externa del país, violado derechos y libertades, violado leyes nacionales y la Constitución, y se habían preparado, de acuerdo con los cubanos, para realizar un autogolpe. Con esta perspectiva, los militares intervinieron con el intento de salvar a la patria, la población, restaurar las instituciones violadas y proteger al país de la amenaza representada por el totalitarismo comunista.

Enviar delegaciones al exterior integradas por políticos y exponentes del mundo profesional, fue inicialmente el camino más utilizado por la dictadura. Las delegaciones enviadas al extranjero se demostraron útiles para la Junta no solo por sus fines propagandísticos, sino que también por iniciar contactos con actores políticos y sociales de otras latitudes, y para tener una impresión de primera mano de la manera en que los gobiernos, las formaciones políticas y la opinión pública de cada lugar había interpretado a los eventos chilenos. Así, por ejemplo, la delegación demócratacristiana a su regreso de Europa informó a los militares que, a su juicio, Roma era «el centro de la propaganda mundial en contra de Chile»⁸. En cierto sentido tenían razón. Los partidos, la prensa y la opinión pública italiana, fuertemente condicionados por el mito de Allende, se opusieron casi unánimemente a la dictadura chilena. Por otro lado, la actitud del Gobierno italiano fue ambigua porque este, a pesar de estar entre los pocos a nivel europeo que no reconocieron oficialmente a la Junta militar, nunca rompió relaciones con Chile. De todas formas, no era casualidad, señalaron los emisarios, que Italia fuera el país donde se reunían todos los ex embajadores chilenos que no regresaban a sus hogares, esperando que la situación de Chile se normalizara en cuestión de meses. Por lo tanto, era previsible que la intensa campaña llevada a cabo contra la Junta se mantuviese a toda costa, con el objetivo concreto de transformar la situación chilena «en un Vietnam publicitario»⁹.

Las impresiones expresadas por los demócratacristianos con respecto a Italia también estuvieron confirmadas por la delegación compuesta por juristas y profesores universitarios que, a su regreso a Santiago, en enero de 1974, afirmaron que el país en cuestión estaba en una situación política «insostenible, similar a lo que pasaba en Chile en tiempos de Allende»¹⁰. En su opinión, el contexto francés también resultaba bastante complejo, porque, aunque el Gobierno entendiera lo que estaba sucediendo en Chile, igualmente se veía obligado a aceptar lo que pensaba la sociedad civil y, por tanto, actuar con cautela. Mucho mejor les pareció la situación en España, donde había «una muy buena disposición hacia el Gobierno de Chile en todos los círculos»¹¹.

Mientras se llevaban a cabo estas operaciones, que podríamos definir de *diplomacia civil*, la Junta y sus ideólogos pusieron en marcha la verdadera máquina de propaganda en el frente internacional. Esta se basó en los esfuerzos por legitimar el régimen a partir de su naturaleza contrarrevolucionaria y *salvadora* de Chile, los mismos que habían sido diseñados para la población local. *El Libro blanco del cambio de gobierno en Chile* fue la herramienta de propaganda central en todo esto. El libro, ideado por asesores civiles y realizado muy probablemente con la contribución de agentes de la CIA (U.S. Senate, 1975: 40), *demonstraba*, a través de documentos falsos, que las fuerzas de la Unidad Popular estaban listas para asesinar a las cabecillas militares y de la oposición para, finalmente, instaurar un régimen totalitario (Secretaría General de Gobierno de Chile, 1973). Con dichos argumentos se esperaba clarificar la situación chilena hacia las democracias occidentales, promoviendo la idea de que estas estaban simplemente engañadas por la campaña contra Chile orquestada por el comunismo internacional.

Al mismo tiempo, dada la magnitud real e imaginaria de la tarea, la dictadura adecuó ciertas estructuras estatales para dar un «contragolpe informativo». Por ejemplo, entre finales de 1974 y principios de 1975, el Ministerio de Relaciones Exteriores sufrió una profunda reorganización. El Departamento de Asuntos Culturales e Información Extranjera se expandió en cuanto a funciones, personal y recursos. Las embajadas consideradas de mayor interés también fueron reforzadas con la incorporación de personal y, en particular, con periodistas y agregados culturales. Este salto cualitativo se basaba en un diagnóstico compartido con los embajadores de la dictadura, es decir: la condena hacia el régimen chileno iba creciendo en las opiniones públicas extranjeras, y no solo en los grupos de izquierda. Esa situación estaba influyendo en sus respectivos gobiernos, incluso aquellos que podrían haberse mostrado más abiertos y receptivos a los argumentos de la Junta. Además, la dictadura asumía que parte importante de su legitimidad descansaba en una lucha entre aparatos propagandísticos, y en ese plano estaban en enorme desventaja con relación al

⁸ AHJG, n. 29, 6 de noviembre de 1973, p. 4.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ AHJG, n. 64, 10 de enero de 1974, p. 4.

¹¹ *Ibidem*, pp. 1-2.

comunismo internacional. Según informaba la revista *Qué Pasa* a fines de 1973, por ejemplo, la Unión Soviética gastaba unos dos millones de dólares al mes, por lo que se volvía urgente un esfuerzo extra para «explicar» al mundo la situación chilena¹².

Sin embargo, si Italia había sido en un principio el centro mundial de la propaganda anti chilena, los militares pronto tuvieron que hacer frente a la hostilidad en muchos otros países, caso de la República Federal Alemana, Francia, y, sobre todo, Estados Unidos. En este último, según la embajada chilena en Washington, la mayoría de la población no estaba muy preocupada por el tema, pero los liberales, quienes manejaban y controlaban la mayoría de los principales medios de comunicación, fundamentales para orientar la opinión pública, atacaban a Chile diariamente. Esto repercutía en el Congreso que, a su vez, tenía la capacidad de influir en la política del Gobierno de Estados Unidos, comprometiendo de esta manera la ayuda económico-militar y promoviendo el aislamiento internacional chileno¹³.

Estas dificultades fueron testigo de la debilidad y considerable desorganización inicial de la política exterior chilena y sus intentos por influir en la opinión pública internacional. A pesar de esta situación, entre fines de 1973 y el principio de 1974 la propaganda del régimen continuó girando en torno a la retórica anticomunista sobre el proceso de desacreditación hacia Allende y la Unidad Popular. Si bien se mostró sensible al tema de su propia imagen y pese a los esfuerzos realizados, el régimen no abandonó, en esta etapa, por ejemplo, la política del terror que paulatinamente se había convertido en el principal motivo de atención y acusaciones mediáticas mundiales. En suma, en esta fase inicial los militares impusieron a la política exterior chilena un estilo que se caracterizó por el hecho de ser altamente ideológico.

Sin embargo, durante 1974 la situación económica de Chile se hizo cada vez más crítica y el aislamiento internacional creció más todavía. A gobiernos y opiniones públicas se le sumaron las condenas de organismos multilaterales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y sobre todo la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas (ONU), en la cual la Junta militar chilena, desde mediados de año, comenzó a ser objeto de resoluciones específicas en las que se le acusaba de violar sistemáticamente los derechos humanos.

En resumen, para el régimen y sus colaboradores se hizo cada vez más evidente que la propaganda que descansaba en la legitimidad contrarrevolucionaria y anticomunista, centrando el mensaje en la difamación de Allende y la Unidad Popular, no funcionaba, sobre todo ante las denuncias sistemáticas de las redes de solidaridad transnacionales.

Por estas razones, entre mediados de 1974 e inicios de 1975, los jefes militares, influenciados por sus expertos en comunicación pertenecientes al mundo civil, llegaron al convencimiento de la necesidad de un cambio de estrategia en el campo de la propaganda, tanto interna como externa. Se requería una modificación radical de enfoque: la imagen de un país en guerra en contra de la subversión se debería reemplazar con la de una nación normalizada.

A partir de este momento la estructura de propaganda de la dictadura comenzó a contar con recursos, hombres y medios cada vez más eficaces para construir una *nueva imagen* de Chile. ¿Qué tipo de imagen? La de un país normal, una nación que deseaba la paz y la tranquilidad necesarias a su desarrollo interno. Ese fue el camino escogido por los militares y sus colaboradores civiles para alcanzar el *anonimato*, es decir, para obtener que las noticias sobre las torturas, las desapariciones y las violaciones a los Derechos Humanos en general perdieran el interés de los medios de comunicación internacionales y mejoraran las relaciones con los demás gobiernos.

Todo eso para la dictadura, sobre todo en ese momento, era una necesidad urgente. A fines de 1976 un comando de la DINA asesinó a Orlando Letelier en Washington, precisamente porque lo habían identificado como uno de los pilares de la campaña internacional contra Chile. El impacto que tuvo este evento fue enorme. La llegada de Jimmy Carter con su agenda pro-Derechos Humanos a la presidencia de los Estados Unidos agudizó aún más el aislamiento internacional de la dictadura. Todo ello apuró ulteriormente el cambio de estrategia.

A diferencia del período anterior, ahora los lineamientos centrales de la propaganda externa estarían firmemente ordenados desde Santiago, con poca autonomía de las embajadas. Esto está demostrado por el hecho de que, desde Washington hasta Roma, la acción de las embajadas fue prácticamente la misma. Los militares, por ejemplo, entraron en contacto con empresas privadas que se ocupaban de la comunicación y la publicidad, que se esforzaron para poner a sus clientes en contacto con políticos, directivos de empresas, clubes, lobby, etc., y organizar campañas dirigidas a crear una mejor imagen de Chile en la opinión pública.

¹² «En relaciones exteriores: contragolpe informativo», *Qué Pasa*, 21 de diciembre de 1973, pp. 14-15.

¹³ Ver, por ejemplo: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AMRE), Embajada de Chile en EE. UU. a Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio confidencial* DDC n. 02236/55, *Campaña publicidad en favor de Chile*; Washington, 5 de julio de 1974, pp. 1-2.

En este escenario, no es sorprendente que publicaciones como *El Libro Blanco*, a mediados de los años setenta, gradualmente cedieran el paso a textos, como, por ejemplo, *Chile Hacia un Nuevo Destino*, preparado por la Comisión Nacional de la Reforma Administrativa (CONARA), que tenían como objetivo dar a conocer los logros de un supuesto *nuevo Chile* en el ámbito económico e institucional, etc.; así como material informativo para la difusión de Festividades en Chile, boletines como *Chile Economic News*, para centros bancarios, financieros, comerciales e industriales (difundido por las embajadas de todo el mundo); información sobre exposiciones locales de artesanía chilena en universidades norteamericanas o en la Feria de Milán; eventos organizados por institutos como IILA en Roma; artículos relacionados con visitas de importantes hombres de negocios en Chile y así sucesivamente.

La difusión internacional de la cultura chilena en todos sus diversos aspectos fue funcional no solo para *distraer el foco de acción* de los adversarios, sino que también sirvió para dar la impresión de un país perfectamente pacificado, en el camino del crecimiento económico, donde era posible invertir, hacer negocios, importar productos, etc. El objetivo fue penetrar el «umbral de resistencia» de la opinión pública, para utilizar una expresión que el Ministerio de Relaciones Exteriores utilizó en su nuevo plan de acción comunicado a las embajadas¹⁴.

La nueva estrategia de acción en el frente externo también destacó por el uso de lobbies, como el que puso en marcha en Estados Unidos el publicitario conservador Marvin Liebman a través del *American-Chilean Council* (ACC), grupo integrado por parlamentarios, ex parlamentarios y periodistas estadounidenses y financiado por Santiago, con el propósito de penetrar en el ambiente político y económico de Estados Unidos, encontrar simpatizantes para la causa del Gobierno chileno y mejorar la imagen de Chile. Además, gracias a la colaboración de organizaciones e instituciones como el Servicio Nacional de Turismo, creado por la dictadura en 1975, y otras entidades estatales o privadas, como CORFO, CODELCO, PRO-CHILE y Banco Central entre otras, la actividad de propaganda comenzó a centrarse en la divulgación de los aspectos turísticos, deportivos, folklóricos, culturales y científicos del país. Los objetivos eran evidentes. Esta acción planificada y coordinada buscaba producir la redefinición de la imagen de Chile en términos de un país normal, donde no había ni guerra interna ni represión o violaciones de derechos humanos.

La propaganda política, a su vez, buscaba resaltar todos los logros y proyectos concretos implementados por el Gobierno chileno, particularmente sus esfuerzos para lograr la tan ansiada *institucionalización* de la dictadura, la que a su vez, por mucho tiempo, fue poco más que un argumento retórico, propagandístico, utilizado tanto interna como externamente. Entonces, y sobre todo gracias al aporte de expertos civiles en comunicación provenientes de la experiencia de la publicidad en el ámbito empresarial y de empresas que operaban en comunicación, propaganda y guerra psicológica, la propaganda cambió de tono, dejando de lado el anticomunismo frontal y apuntando más hacia la representación de un país moderno, pacífico y desarrollado.

Este se convirtió en el producto que había que vender: una nación que deseaba la paz y tranquilidad necesarias para su desarrollo interno, donde era posible invertir en diversos tipos de actividades económicas o incluso simplemente viajar para apreciar los paisajes o por motivos de investigación o estudio. Y a medida que el régimen aplicó las recetas neoliberales de los Chicago Boys, este camino se entrelazó con la estrategia de legitimación a través del *éxito económico*, que finalmente sería decisiva para romper el aislamiento en los años siguientes. El historiador Herald Muñoz ha argumentado que la *vía económica* comenzó a suplantarse la *vía político-ideológica* como parte de la estrategia global del régimen chileno dirigida a mejorar la imagen del país y sacarlo del aislamiento internacional. Es decir, a medida que el estilo *pretoriano-ideológico* fue reemplazado por el estilo *cívico-pragmático* en la conducción de las relaciones exteriores del régimen, las iniciativas político-ideológicas orientadas a superar el aislamiento fueron sustituidas por iniciativas de carácter esencialmente económico. Esto fue particularmente evidente durante el periodo en el que Hernán Cubillos fue canciller, entre 1978 y 1980. La política económica internacional del régimen militar no fue un mero instrumento al servicio de los objetivos políticos; pero dada la proyección exterior del modelo económico liberal, resultó altamente funcional con respecto a los objetivos políticos y de seguridad del régimen mismo (Muñoz, 1986: 217-218). Si esto es sin duda cierto, igualmente importante para el propósito de mejorar la imagen del Gobierno militar fue el tipo de comunicación al que recurrió, como se ha señalado, a partir sobre todo de fines de 1974 y, con mayor convicción y medios aún, durante 1975 y los años siguientes. Por supuesto, este cambio también fue producto de la adhesión a un nuevo *proyecto-país*, un *proyecto fundacional* destinado

¹⁴ Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio circular* n. 114, *Documento Aries* n. 5; Santiago, 19 de marzo de 1975. citado en: AMRE, Ministerio de Relaciones Exteriores a Embajada de Chile en EE. UU. *Oficio reservado* n. 22, *Instrucciones*; Santiago, 9 de febrero de 1977, pp. 7-8.

a romper drásticamente con el pasado, comenzando por el ámbito económico. Sin embargo, fue también el resultado de un cambio en la estrategia propagandística, un cambio que favoreció el uso de un nuevo tipo de narrativa, que antecedió al llamado milagro económico chileno (1977-1981).

REFERENCIAS

- AMRE: Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile:
 Embajada de Chile en Alemania (RFA) a ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-78
 Embajada de Chile en Brasil a ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-77
 Embajada de Chile en Francia a ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-77
 Embajada de Chile en Grecia a ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-77
 Embajada de Chile en Israel a ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-80
 Embajada de Chile en Italia a Ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-80
 Embajada de Chile en Naciones Unidas a Ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-79
 Embajada de Chile en España a Ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-80
 Embajada de Chile en Estados Unidos a Ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-80
 Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores: 1973-80
- BCN: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile
Análisis (1977-1978)
Ercilla (1973-1977)
Mensaje (1975-1978)
Portada (1970-1973)
Qué Pasa (1973-1980)
Revista de Educación (1973-1980)
Revista Chile-América
El Mercurio (1973-1980)
La Patria (1973-1975)
La Segunda (1973-1980)
La Tercera de la Hora (1973-1980)
Las Últimas Noticias (1973-1980)
El Cronista (1975-1980)
La Prensa (1973-1975)
- BCN: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile
 Actas de la Honorable Junta de Gobierno (AHJG): 1973-1980. [https://www.bcn.cl/historiapolitica/congreso_nacional/periodos_legislativos?periodo=1973-1990]
- CIA: Central Intelligence Agency [<https://www.cia.gov/readingroom/search/site>]
 FOIA Collection (Chile: 1973-1980)
 General CIA Records (Chile: 1973-1980)
- NSA: National Security Archive
 The Chile Documentation Project
- ARRIAGADA HERRERA, Genaro: *El pensamiento político de los militares (Estudios sobre Chile, Argentina, Brasil y Uruguay)*. Santiago: Centro de Investigaciones Socioeconómicas, 1979.
- CALANDRA, Benedetta: *L'America della solidarietà: l'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)*. Roma: Edizioni Nuova Cultura, 2006.
- CAMACHO PADILLA, Fernando: *Suecia por Chile: una historia visual del exilio y la solidaridad, 1970-1990*. Santiago: LOM, 2009.
- CAMACHO PADILLA, Fernando: *Una vida para Chile. La solidaridad y la comunidad chilena en Suecia, 1970-2010*. Santiago: LOM, 2011.
- DEL POZO ARTIGAS, José: *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973-2004*. Santiago: RIL Editores, 2006.
- GUARNIERI, Luigi; STABILI, Maria Rosaria: «Il mito politico dell'America Latina negli anni Sessanta e Settanta». Giorgio DEL ZANNA; Agostino GIOVAGNOLI (a cura di), *Il mondo visto dall'Italia*. Milano: Guerini e Associati, 2004, pp. 228-241.
- GUIDA, Alessandro: *La lezione del Cile. Da Unidad popular al golpe del 1973 nella stampa italiana di sinistra*. Napoli: Università degli studi di Napoli «L'Orientale», 2015.

- HUNEEUS, Carlos: *El Régimen de Pinochet*. Santiago: Taurus, 2016.
- MULAS, Andrea: *Allende e Berlinguer: il Cile dell'Unidad Popular e il compromesso storico italiano*. Lecce: Manni Editori, 2005.
- MUÑOZ, Heraldó: *Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno*. Santiago: Las Ediciones del Ornitorrinco y PROPEL-CERC, 1986.
- NOCERA, Raffaele; ROLLE CRUZ, Claudio (eds): *Settantatré: Cile e Italia, destini incrociati*. Napoli: Think Thanks, 2010.
- NOCERA, Raffaele: *Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno: 1962-1973*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- NOCERA, Raffaele: *Il sogno infranto. DC, l'Internazionale democristiana e l'America Latina (1960-1980)*. Roma: Carocci, 2017.
- PERRY FAURÉ, Mariana: *Exilio y Renovación. Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2021.
- REBOLLEDO GONZÁLEZ, Loreto: *Memorias del desarraigo. Testimonios de exilio y retorno de hombres y mujeres de Chile*. Santiago: Editorial Catalonia, 2006.
- SANTONI, Alessandro: *Il Pci e i giorni del Cile. Alle origini di un mito politico*. Roma: Carocci, 2008.
- SECRETARÍA GENERAL DE GOBIERNO DE CHILE: *Libro blanco del cambio de gobierno en Chile. 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1973.
- U.S. SENATE: *Covert Action in Chile: 1963-1973*. Washington DC: U.S. Government Printing Office, 1975.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica: «Estamos en guerra, ¡señores! El régimen militar de Pinochet y el pueblo, 1973-1980», *Historia I* (43), enero-junio 2010.